

SANTO TORIBIO DE ASTORGA

LA VIRGEN DE CASTROTIERRA Y EL MILAGRO DE LAS CAMPANAS

LUIS ALONSO LUENGO

Es el siglo V hispano un siglo difícil y confuso. El final del imperio romano y el tránsito al dominio bárbaro estuvo acompañado de inestabilidad e incertidumbre, especialmente en el noroeste. En la Gallaecia, que incluía a las regiones de Galicia, Asturias y Cantabria, tierra disputada por suevos y godos, se producen con frecuencia saqueos y masacres, según nos relata Hidacio en su Crónica; y las herejías, surgidas aprovechando los síntomas de debilidad del imperio a finales del siglo anterior, siguen todavía vivas. Astorga, convertida en capital de la Gallaecia en el siglo III y una de las tres principales ciudades del noroeste junto con Lugo y Braga, vive de cerca todos estos acontecimientos. Y es en este contexto donde destaca con fuerza la persona de Toribio, obispo de esta ciudad en los años centrales del siglo.

Que fueron tiempos difíciles y que marcaron profundamente a las gentes, lo atestigua el hecho de que la memoria de este santo no haya desaparecido en la zona. Todavía en la actualidad se mantiene la tradición de traer en romería a la Virgen de Castrotierra para solicitar lluvia en tiempos de sequía que se relaciona de manera legendaria con Santo Toribio; y aún se sigue celebrando en abril la procesión hasta el crucero de San Justo desde donde, según la tradición, Toribio consiguió agua para los campos resecos de la comarca al son de las campanas de las iglesias astorganas, que lanzaron un repique general por sí solas.

Luis Alonso Luengo nos relata estos dos acontecimientos en las líneas siguientes -tomadas de su libro "Santo Toribio obispo de Astorga", Madrid 1939-, que suceden durante los años en que el obispo se retira temporalmente a las montañas del Bierzo como anacoreta.

Los años de vejez de Toribio son una época que cuaja en las más bellas y varias tradiciones: confusas unas, más verosímiles otras, y recogidas todas ellas en distintos instrumentos escritos.

Son estos días de la vida del santo un conjunto de grandes prodigios, que la memoria popular ha guardado con amor en su caja de impresiones, para lanzarlos de siglos a siglos y de generaciones a generaciones.

Aquel año - cuenta una de esas narraciones tradicionales - cuando la comarca de Astorga se iba rehaciendo de las infinitas calamidades sufridas; cuando Astúrica, ya casi libre de escombros, iba alcanzando al aire la gracia de muchas de sus nuevas mansiones, una nueva calamidad amenazaba con retrasar, en azote violento, su lenta rehabilitación. Fue una sequía pertinaz y prolongada, una ola inmensa de calor polvoriento que ahogaba con peso oprimente los pobres sembrados; absorbía las fuentes, paraba los ríos, deshojaba los árboles y dibujaba sobre los hogares campesinos, tan castigados, el fantasma del hambre.

Varias veces, desde la marcha de Toribio a Peñalba, la ciudad de Astúrica, con el más profundo rictus de la más desorientada tristeza, añorando la presencia del prelado, sintiendo su silueta flácida, envejecida y blanca, como una antigua sombra protectora que se hubiera ido, había enviado misivas a Toribio en súplica emocionada de que tornara a la silla pastoral, que seguía sin cubrir en espera siempre del santo. Varias veces había recibido Toribio esas súplicas y siempre las había rechazado con agradecidas y paternas excusas.

Y fue en este año que narramos, al morir la comarca de sed, cuando un día un nuevo grupo de emisarios de Astorga llegó al tetiro del prelado. Tendidos a sus plantas, de rodillas, besaron los enviados aquellos la orla de la túnica de Toribio,

que les alzó del suelo mientras, con los ojos, les interrogaba invitándoles a hablar. (¿Sería una nueva petición de reintegro a su diócesis?).

Contaron los astorganos el infortunio que les amenazaba y, con lágrimas en los ojos, pidieron al santo su bendición y su consejo.

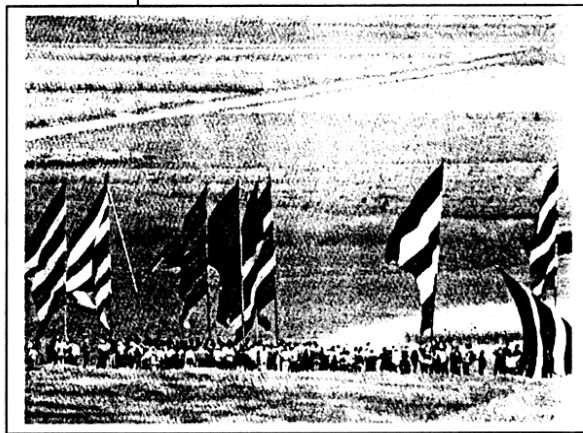
"- Nada puedo hacer directamente por vosotros - les manifestó Toribio -; pero os diré lo que habéis de ejecutar. Volved a Astorga; buscad, no lejos de ella, a la Virgen de Castrotierra; llevadla en procesión a la catedral y tenedla allí en solemne novenario. Si tal hiciéreis, la lluvia fecundará de nuevo vuestros campos, y siempre que os encontréis en apuros de sequías, peste u otra calamidad, acudid a la Virgen y seréis remediados"¹.

Llenos de fe se tornaron los comisionados a Astorga. Pronto una multitud inmensa traía a hombros, desde el lugar de Castrotierra, hacia Astúrica, a la Virgencita aquella. Y pronto una tupida cortina de lluvia, corriéndose desde lo alto del cielo, cubría y emborrataba el paisaje, removía la tierra seca y envolvía la comarca en olorosos efluvios de fecundidad.

! Bella tradición esta de la Virgen del castro, que anacrónica en ciertos detalles, aun corre de boca en boca por la comarca astorgana! La comarca que tan hondo fervor siente por aquella imagen que - datando de siglos posteriores - eleva a tres leguas de Astorga la torre ágil de su santuario sobre un altozano, dominando una

breve y árida llanura y tomando como su telón de fondo los lejanos riscos del Teleño...

!Hondo fervor secular a la Virgencita aquella, que en cada año de sequía, con normas vetustamente tradicionales, con ritos de la más alta e ingenua majestad, es llevada (entre escolta de infinitos pendones ondulantes, de cruces iridiscentes y de muchedumbres sudorosas de cánticos y oraciones) desde su santuario de Castrotie-



La procesión de Castrotierra sale cada siete años salvo que los "Procuradores de la Tierra" lo voten en un año de sequía. Recorren la "Calzada del Obispo" hasta Astorga (15 Km).

rra a la catedral de Astorga en rogativa de lluvia benéfica para los campos!

Pasaron algunos años sobre el vivir de Toribio en Peñalba.

Otra narración tradicional, que como tal incluye el viejo breviario asturicense², nos lo cuenta...

Fue una nueva sequía; una nueva ola de hambre y calor sobre la tierra de Astorga; y una nueva comisión de diocesanos que acude por última vez al retiro del santo.

Deseaba en esta ocasión la ciudad de Astúrica nada más que esto de Toribio:

¹ Véase *El libro de la Virgen del Castro*, de Santiago Alonso Garrote. Astorga, 1938, pág. 7 y siguientes.

² Véase Flórez, tomo XVI, página 106 y siguientes.

recibir para su decaído espíritu su bendición. Y, al efecto, rogaban al prelado los comisionados se trasladara a la ciudad para, una vez allí, envolver en una sola rúbrica de bendición a la muchedumbre angustiada y a los campos sedientos.

Hubiera sido en Toribio falta de caridad negarse a aquella súplica, renunciar a



Imagen de Santo Toribio, de Gaspar Becerra
(Catedral de Astorga).

aquel viaje, meramente transitorio, después del cual retornaría de nuevo a Peñalba.

Y accedió.

Bajo un sol asfixiante de estío ha llegado Toribio, con la escolta de los enviados aquellos, al montículo de san Justo, que se eleva a una legua de Astorga. Allí el cabildo entero, y la curia de la ciudad, le reciben inclinándose ante él y arrodillándose a sus plantas...

Después, ¡qué emoción tan profunda para Toribio contemplar, al cabo de tantos años, de nuevo, desde esta altura, su amado paisaje astorgano!

Rueda su vista desde aquel alto por una inmensa y fértil planicie, que ahora contempla reseca y árida; que se extiende, indefinida, a la izquierda, se limita por la derecha con la lejanía montañosa de Foncebación y se cierra por el frente con un largo altozano, paralelo al de San Justo, sobre el que se estrella la vista contra el conjunto urbano de la ciudad de Astorga - con sus murallas nuevecitas, con su caserío en construcción -, y detrás del cual, aupándose sobre la ciudad, se diseña el Teleno como suavemente trazado con un leve carboncillo.

Relumbra el sol por un cielo sin nubes. Parte la planicie la cinta del cauce del río Tuerito sin irrisación del agua, relleno de reseca pesadez de guijarros, al lado de los

cuales algún álamo eleva la lanza gris de su tronco muerto.

Toribio aparta la vista del paisaje y, rodeado del clero y la curia astorganos, se sienta un momento a descansar.

A San Justo van llegando - desde la ciudad unas; desde los pueblos cercanos, otras - muchedumbres inmensas, abigarradas y polvorientas, que ya cubren, apiñadas, las laderas del monte, ávidas de sentir de cerca la figura de Toribio.

El prelado se ha erguido de pronto sobre la más alta piedra del monte. La multitud, al contemplar su silueta recortada sobre un fondo de cielo, ha caído de hinojos entre un vago rumor. Toribio, pausadamente, ha alzado su brazo derecho: su mano abierta, que parece colgada en el aire. Luego, enfilada, ha movido rítmica esta mano de arriba a abajo y de derecha a izquierda, trazando sobre el campo y la ciudad, sobre las cabezas de sus hijos, el signo de la cruz.

Rápidamente, tumultuosamente, unas nubes han corrido a oscurecer el sol. Y una lluvia torrencial se ha desplomado sobre el paisaje, diluyendo sus colores fuertes, violentos, en un medio tono gris, esfumado y fino³.

Y un vocerío se ha alzado de la multitud: labriegos que besan estremecidos la húmeda tierra; mujeres que corren a abrazarse a los pies del santo; hombres que hablan a gritos nerviosos...

Y el agua que sigue cayendo tranquila y fecundante.

Desde San Justo, bajo la humedad de la lluvia, la multitud se encamina a la ciudad. Delante, Toribio, con el cabildo y la curia. Descansará el santo en astroga aquella noche, y en la mañana siguiente partirá para Peñalba.

Se va acercando la muchedumbre a la urbe. En lo alto de todas las iglesias - de las pocas iglesias que se han construido - esperan los acólitos para lanzar un repique general de campanas en el momento mismo que Toribio trasponga el umbral de la ciudad.

Pero he aquí que de pronto, cuando faltan unos momentos para ese instante, cuando los acólitos esperan, las campanas de todas las iglesias se han alzado por sí solas, al unísono, sin que las toque mano

³ Como memoria de este hecho prodigioso, seguramente, fue por lo que se construyó "según documentos antiguos - dice Rodríguez Díez, *Historia de Astorga*, pág. 323 - en el alto de san Justo, en el llamado sitio del crucero, una capilla que existía en el siglo XVII, llamándola *la ermita en el crucero de San Justo*, a la que concurrían todos los años las cofradías y corregimiento de la ciudad el día de la festividad de Santo Toribio a celebrar la función que tenía lugar desde tiempos antiguos. Destruída la capilla, quedo la cruz de piedra que hoy se ve: en un lado la imagen de la Virgen y en otro la de Santo Toribio". En la actualidad aun se conserva la costumbre de acudir a ese sitio y en ese día, en pintoresca romería popular, desde Astorga.

de hombre, y han iniciado, con un armonioso volteo, una sinfonía dulcísima.

Corren despavoridos los acólitos, que se dirigen hacia la comitiva, que entra ya en la ciudad; se arrojan hacia Toribio, contando a voces el prodigio, y la noticia produce un nuevo clamor entre la muchedumbre.

Y en el aire las campanas siguen solas volteando su sinfonía.

Toda la noche pasó Toribio dando vueltas en su mente al prodigio de las campanas, intentando interpretarlo.

¿Qué le quería decir el Señor con aquello? ¿Qué significaba la pleitesía que le habían rendido las lenguas de bronce de la ciudad? ¿No era algo así como para indicarle su carácter de obispo? ¿No quería, pues, decirle con ello el Señor que su puesto era el de la dirección de la diócesis? ¿No implicaría aquello un reproche por haberse retirado egoístamente - sólo para bien propio -, abandonando la misión episcopal, abandonando el cuidado de sus fieles?



Virgen de Castrotierra.

Dibujo de Toño

Noche de insomnio para Toribio. Noche de censuras para consigo mismo.

Sí; no le cabía duda; él, que había conseguido en su juventud vencer el innato orgullo; él había caído en su vejez en otra forma de ese propio orgullo: en la tendencia de egoísta aislamiento, en la soberbia ascética.

Toribio se aterraba.

Ya no le cabía duda de que era el demonio quien le había tentado para que se retirara a Peñalba.

Ya no le cabía duda de que era Dios quien, reiteradamente, había enviado allí a sus hijos para rogarle que tornara a Astorga; era Dios quien había inspirado al cabildo para que no cubriera la mitra; era Dios... y él, egoísta, no le había escuchado.

Pero ahora, sí; ahora había oído claramente su voz en la voz de las campanas...

Y Toribio se resolvió firmemente: empuñaría de nuevo el báculo pastoral...

*Luis Alonso Luengo es escritor y Cronista Oficial de la Ciudad de Astorga.